

Les parecía imposible no haberse encontrado antes. Recordaban entierros famosos a que los dos habían asistido. Y nunca se habían visto. Tenían los mismos conocimientos en la sociedad de curas y sacristanes, enterradores y demás personal de la administración de la muerte.

El tonto *discurría* perfectamente en materia de servicios fúnebres. Cuervo apoyaba con sinceridad todas sus afirmaciones. «Sin duda hablaba de memoria; repetía lo que había oído.» Ello era que en la absoluta indiferencia con que Antón miraba el doloroso aparato de la muerte, y en el placer con que saboreaba los elementos pintorescos y dramáticos de los entierros, Cuervo veía un espejo de sus aficiones, ideas y sentimientos.

Era Antón un mozo de treinta años, pálido, afeitado, como Cuervo, de ojos apagados, y llevaba el hongo negro, flexible, metido hasta las orejas; sobre los hombros encorvados había siempre colgada una esclavina azul, muy larga, con broches de metal blanco. Supo don Angel que su amigo vivía de sus rentas, que le administraba un tío curador, y que todo el tiempo hábil lo invertía en contemplar ceremonias religiosas, prefiriendo siempre las de carácter fúnebre.

Desde aquel día casi todos se dieron cita para el *entierro de mañana*. Antón, más desocupado, era el que solía avisar dónde había difunto. La delicia de ambos era un buen funeral en la aldea.

—Don Angel —decía Antón, acercándose a su compañero con misterio—; mañana uno de primera en Regatos: ¿voy a buscarle?

—Bien; ¿a qué hora?

—A las cinco; hay legua y media...

—Corriente; llevaré liga.

Y poco después del alba, al día siguiente, salían al campo, por trochas y senderos, pisando la hierba mojada, alegres como los pájaros que cantaban en los árboles, y como las flores que, al tropezar con ellas, sacudían las faldas de la levita de Cuervo y la eterna esclavina de Antón. Como tenían tiempo de sobra, no iban derechos a Regatos, sino dando los rodeos que determinaban los azares de la caza con liga, una de las aficiones secundarias de don Angel. Por hacer algo, iban preparando varas; las dejaban sobre los setos, entre las ramas de los árboles, y se retiraban a esperar el resultado de sus asechanzas; si los pájaros tardaban en caer... mejor para ellos. Cuervo y Antón seguían adelante. Lo primero era lo primero. Los dos mostraban impaciencia, y abandonaban las varas a la suerte. El caso era llegar al entierro.

Siempre eran bien recibidos; casi siempre esperados.

Cuervo veía en la sencillez de las costumbres aldeanas una franqueza y sinceridad muy conformes con su manera de entender las cosas relativas a la muerte. Por de pronto, el aspecto de la *casa mortuoria* era muy semejante al que la misma podía ofrecer el día de fiesta de la parroquia, si el amo era factor, o esperaba convidados de categoría.

En la cocina, en la *quintana*, en el huerto, señales alegres del próximo festín; mucho hervor de pucheros, la gran olla en medio del hogar, como dirigiendo el concierto de bajos profundos de los respetables cacharros, cuyas tapas palpitaban a la

lumbre; la cocinera de encargo, la especialista, *Pepa la tuerta*, del color de un tizón, arrogante, mal humorada, sin contestar a los saludos, activa y enérgica, dirigiendo a los improvisados marmitones y a las maritornes de por vida; postrimeros ayes de algún volátil, víctima propiciatoria, que habría de estar guisado a la hora de la cena; espectáculo suculento, aunque trágico, de patos y gallinas sumidos en crueles calderos, asomando picos y patas, como en son de protesta, entre las llamas, o bien dignos, solemnes, en su silencio de muerte, atravesados por instrumentos que recuerdan la tiranía romana y la Inquisición; supinos sobre aparatos de hierro que son símbolos del martirio, capones y perdices más tostados que otra cosa, que parecen testigos de una fe que los hombres somos incapaces de explicarnos: allá fuera restos de la res descuartizada; las pieles de los conejos, el testuz del carnero, las escamas de los pescados, las plumas de las aves, las conchas de los mariscos, los desperdicios de las legumbres; y por todas partes buen olor, un ruido de cucharas y vajilla, que es una esperanza del estómago; cristal que se lava, plata que se friega, platos que se limpian... ¡y todo por el muerto! Por el muerto, en quien no piensa nadie sino como en una abstracción, como se piensa en el *santo* el día de la fiesta.

Verdad es que allá dentro lloran. Son las mujeres. ¡Ay mío *Pachu* del alma...! ¡Por qué me *dexas-te*, *Pachín* del corazón...! «Bueno, bueno; no hay que hacer caso, piensa Cuervo. Así es la aldea; mucho estrépito. También gritan cuando están en la *Uosa* arrendando, y *corren el cabritu*, con una

alegría que en el fondo no tienen. Esto es como el *ijujú* de las romerías; ni aquello es tanto placer como parece, ni estos lamentos, que atruenan el espacio, son tanto dolor como quieren indicar. Restos de costumbres paganas; ya no se usan las *plañideras*, y hacen sus veces las mujeres de la familia. No hay que hacer caso.»

«¡A la sala, Antón, a la sala! Allí están los señores curas.»

¡Cómo respeta y admira Antón al clero parroquial! Casi tanto como a los señores del cabildo.

Cuervo es acogido por los párrocos y coadjutores, capellanes sueltos y sacristanes, como un compañero; Antón, como un sainete muy oportuno.

Blancas sobrepellices, manzanas en las mejillas, dentaduras formidables, risas homéricas, salud, espontaneidad, un hermoso egoísmo sin disfraz, comunicativo, simpático a los demás egoísmos.

—¡Vayal ¡Vayal El señor Cuervo. ¡Tome una copiquinal,—grita Sebades (cada cura se llama como su parroquia). Y allá va el Jerez al gaznate.

Se pregunta mucho por la salud de todos y por la prosperidad y trances de la fortuna.

—No se siente junto a la puerta, que viene su- dando.

—«¡Valiente pedantón y majadero y *framason* sería, piensa Cuervo, el que censurase a estos benditos varones porque ríen, y beben, y están contentos cuando van a cantarle el *gori gori* a un difunto! ¿Y qué? ¿Cuándo pueden ellos verse en otra...? La mayor parte del año viven aislados en

su parroquia, sin ver una persona decente durante semanas, llenos de trabajos, asistiendo a los moribundos de noche, haya nieve, hielo, ladrones y fieras, o no; a leguas y leguas de distancia... ¿Por qué no han de alegrarse, cómo no han de alegrarse cuando se muere un *Pachu* de éstos, que deja mandado un entierro de verdad, como una boda? Van a comer bien, como no suelen; van a tener conversación de amigos y compañeros, que casi siempre les falta; van a *echar* un tresillejo, que constituye sus delicias; van a cobrar una buena pitanza, que les viene de perlas: ¿y han de estar tristes? ¿Porque se ha muerto uno! ¿Pues no se han de morir todos? Usted, señor *framasón*, que censura, ¿no lee todos los días en los periódicos noticias de grandes desgracias, de horrendas catástrofes? ¿Y cómo se queda usted? ¡Tan frescol Ayer, que el río Colorado, en China, se llevó de calle más de cien pueblos con millares de millares de chinitos. ¿Y qué? Usted, *framasón*, al teatro. Hoy estalló el gas de una mina y ahogó a quinientos trabajadores, que dejan quinientos mil huérfanos: ¿y qué? Usted, a paseo. Y porque esos millones de muertos estén lejos, no se vean, ¿dejarán de ser prójimos...? ¿Sabe usted, señor ateo, por qué estos señores curas no sienten ya el olor a difunto? Porque su sagrado ministerio les obliga a vivir siempre pegados a la muerte; demasiado saben ellos que morir no es un arco de iglesia, y además no hay dolor que resista al uso, ni hay pena que no se desgaste, como se gasta el placer. ¡Hipócritas! ¡Fariseos! Nosotros, los que manoseamos la muerte, los que enterramos vuestros difuntos, hacemos algo útil, sin sentirlo; y vos-

otros, que sentís tanto, no hacéis nada de provecho. Los muertos quedarían insepultos, y habría pestes sin fin, y se acabaría el mundo si todos fuésemos sensitivas como vosotros. *Vade retro!* Venga otra copa, señor arcipreste.»

Y al cementerio. Delante la cruz y los ciriales; detrás la caja, y luego, en dos filas, el coro de la muerte, el coro trágico, que calla a ratos, mientras habla el misterio de ultratumba allí dentro, en la caja, sin que lo oigan los del *coro*; como en el palacio de Agamenón, mientras Orestes asesina a Egisto, no se oye nada... Y vuelve el coro a cantar, a cantar los terrores de la muerte; terrores de que no habla la letra, a que nadie atiende, pero de que hablan las voces cavernosas, el canto llano, el aparato fúnebre.

Y dicen los amigos de Cuervo:

Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suæ.

Et erexit cornu salutis nobis in domo David, pueri sui.

Sicut locutus est per os Sanctorum...

Y en tanto, los pájaros en los setos de la calleja y en los árboles de la huerta trinan, gorjean, silban y pían; las nubes corren silenciosas, solemnes, por el azul del cielo; la brisa cuchichea y retoza con las mismísimas ropas talaras del acompañamiento de la muerte; y Antón y Cuervo, en el colmo de un deliquio, oyen como extáticos, como en ensueños, el *run run* del *Benedictus*, los sonidos dulces y misteriosos de la Naturaleza, que, como ellos, ve pasar la muerte, sin comprenderla, sin profanarla, sin insultarla, sin temerla, como albergándola en su

seno y haciéndola desaparecer cual una hoja seca
 en un torrente, entre las olas de vida que derrama
 el sol, que esparce el viento y de que se empapa
 la tierra

(De *Doña Berta*, *Cuervo*, *Superchería*.)

EL SOMBRERO DEL SEÑOR CURA

EL señor obispo de la diócesis, por razones muy dignas de respeto, prohibió, hace algunos años, que el clero rural anduviera por prados y callejas, costas y montañas, luciendo el levitón de anchos faldones y el sombrero de copa alta, demasiado alta muchas veces. Hoy, todos los curas de mi *Verde Erin*, de mi católica y pintoresca Asturias, usan traje talar, sombrero de teja, de alas sueltas y cortas; y a fuerza de humildad y con prodigios de obediencia consiguen montar a caballo con sotana o balandrán, sin hacer la triste figura y sortear las espinas de los setos, sin dejar entre las zarzas jirones del paño negro.

Pero en los tiempos a que me refiero, no lejanos, el cura de aldea ordinariamente parecía un caballero particular vestido de luto, con alzacuello de seda o de abalorios menudos y con levita y *chistera*, de remotísima moda las más veces.

El diputado Morales, cacique desde Madrid, de una gran porción del territorio de la corte, lo menos, del que abarca dos o tres arciprestazgos, pasa

los veranos en su magnífica *posesión* de la Matiella, en lo más alto de una colina cercana al mar. Desde el *palacio*, que así lo llaman los aldeanos, de los Morales se ve el cabo de Peñas, que avanza sobre el Cantábrico con gallardía escultórica; y del otro lado, al Oriente, se domina la costa accidentada, verde y alegre, hasta el cabo del Olivo. Y por la parte de tierra asisten los pasmados ojos, por un momento, a la *sesión permanente* que en agosto cónclave celebran, por siglos de siglos, los gigantes de Asturias, de la Asturias de piedra; el Sueve, los Picos de Europa, el Aramo... y tantas otras moles venerables, que el buen hijo de esta patria llega a conocer y amar como a sacras imágenes de un agosto misterioso abolengo geológico... De barro somos, y no es mucho pensar con respeto y cariño en la tierra abuela...

Pero Morales no pensaba en eso, ni se paraba a contemplar el gran paisaje (panorama le llamaba él constantemente), que se podía admirar desde la Matiella. Sabía Morales que aquellas vistas *valían mucho dinero*, que por un *capricho*, un indiano poderoso o un banquero arrogante darían muchos miles de duros, encima de lo que por sí valía la quinta, nada más que por pagar *las vistas soberbias*... que tampoco se pararían a contemplar banqueros soberbios ni soberbios indianos.

—¡Mire usted, mire usted, qué panoramal! —decía Morales a cualquier huésped de la Matiella, y apuntaba con el dedo al horizonte, mientras él le miraba al amigo la cadena del reloj, los guantes o la corbata.

Para el cacique de la Matiella, diputado por juro de heredad, la *naturaleza*, es decir, el campo, no era más que un marco para hacer resaltar el lujo de verano.

A sus ojos, mucho más tenían que admirar las porquerías de escayola con que él había adornado la quinta, que el Sueve y Peña Mayor, que él confundía vilmente.

Sí; la *naturaleza* era un buen marco para sus vanidades veraniegas... pero había que pulirlo, dorarlo... echarle arena y cal hidráulica. La arena era su manía. Aborrecía los senderos en que se ve la tierra que se pisa. Senda sin arena, para Morales era vergonzosa desnudez. Le encantaba también el pérfido engaño del cemento que parece piedra, y *oportune atque inoportune*, el cacique interrumpía la vida lozana de aquellos verdoros con obras de cal hidráulica.

Otro adorno de *sus dominios* era... el clero rural: los párrocos, coadjutores, ecónomos y capellanes sueltos de aquellos contornos.

Morales, naturalmente, creía en Dios, o mejor, en la necesidad de inventarlo; un Dios *personal*, por supuesto, especie de freno automático para contener las pasiones de la multitud y conservar las venerandas instituciones... y el papel en alza, cuando convenía. La impiedad le parecía a Morales una falta de respeto al jefe del Gobierno. Era, pues, muy propio de un conservador incondicional rodearse de toda la clerecía de aquellos arciprestazgos de que él venía a ser el brazo secular por mediación de alcaldes, jueces municipales, etc., etc.

Sí, quería el freno religioso, el triunfo de la Iglesia... pero con el Concordato. Daba mucha importancia a las regalías. Le encantaba una Iglesia que fuese como la religión romana antigua, la de los paganos, una rueda de la administración pública... Miraba, dígame todo, en el fondo... *muy* en el fondo... dudaba... creía que el progreso... en fin, él había leído un artículo en que se extractaba la doctrina de Taine... y... se atenía a los *hechos*. Quería el dogma para evitar que el mundo volviera a la barbarie; guardaba muchas consideraciones a los señores curas... pero... ¡estaban tan atrasados!... ¡Aquella teología! ¡Aquellos sombreros! —El verdadero *dios* de Morales, sin saberlo él, era una diosa: la moda. La moda en todo. En la ropa, en el arte, en las enfermedades, en los barbarismos y en la filosofía. ¡Y aquel respetable clero que se reunía en la Matiella vestía de una manera! Morales era muy amigo de repetir que él, gracias al progreso, sabía más que Aristóteles. Excuso decir que sabía mucho menos. También sabía más que Santo Tomás. Se reía, en el seno de la confianza, de la *forma silogística*. Aborrecía la rima en el verso; quería que las casas fueran de hierro, y filosofaba a lo jónico moderno, asegurando que *todo era electricidad*.

Llamaba neurastenia a todo lo que excedía de los alcances de su mísero espíritu, y creía bajo su palabra a la *gente nueva* cada vez que ésta le anunciaba que todo lo conocido caducaba, y que estaba para brotar el nuevo genio, el de la gran regeneración. A pesar de todo, era conservador en política, porque no había otra manera de *conservar* el

distrito y la influencia de todos aquellos Ayuntamientos del contorno. ¡Pero, en el *fondo*, era él lo más *avanzado*, lo más modernista!... Y todo esto le venía de su real y espontánea afición, el último figurín, en materia de trapos. En fin, el gran villano, cuando hablaba a solas con su mujer, ¡llamaba cursi al cura de la Matiella!

Era un sacerdote alto, moreno, de cara larga, no mucho, bien proporcionadas facciones, dientes limpios y sanos, labios frescos, cuello fuerte, buen torso, pierna larga, majestuoso sin afectación en los andares, pulcro y sencillo en el vestir. También usaba levita larga, pero no mucho; y el sombrero...

—¡Verán ustedes qué sombrero! —nos dijo Morales, una tarde de agosto, en que tomábamos café en la glorieta central del parque de la Matiella.

Un criado acababa de anunciar al señor cura de la parroquia.

Morales y el cura, por quisquillas de Morales y dignidad del párroco, habían estado sin verse dos o tres años; pero le había convenido al cacique una reconciliación, y el clérigo se había apresurado a admitirla, por caridad y espíritu sinceramente humilde. La tarde anterior Morales había visitado al cura, le había invitado a tomar café al día siguiente, y el cura no tenía sobre la cabeza más que un humildísimo gorro negro.

—¡Verán ustedes qué sombrero! —repitió Morales pensando en la *chistera* que usaba el cura tres o cuatro años antes. No recordaba el sombrero, sino la impresión que a él le había hecho; no

recordaba sino que era de modelo antiquísimo, de figura antediluviana...

Por un sendero en 'zis-zás, de resplandeciente arena amarillenta, se fué acercando una figura negra, esbelta. Veinte ojos fisgones, seis de ellos de mujer, ojos de gente madrileña, se habían clavado en el buen clérigo, y parecía que le estaban examinando de la ciencia de andar por un parque de gente rica como se debe. Largo era el examen, porque larga era la distancia, pero el cura no se daba gran prisa a abreviar el trance, que para él por lo visto no era amargo, ni siquiera molesto. Casi todos estábamos cubiertos, porque en aquellas alturas soplabla con fuerza el Nordeste, y cubierto venía el cura. Al llegar a la glorieta, echó mano al sombrero, hizo muy airosa cortesía y se volvió a cubrir. Puestos en pie nosotros, imitamos su gesto.

¿Y... el sombrero? ¿El sombrero del señor cura?

El sombrero del señor cura no tenía nada de particular. No era nuevo, sin duda, pero estaba limpio y sin abolladuras; el pelo tenía bastante bien conservado, y no nos pareció ni demasiado alto ni demasiado bajo, ni de alas sobrado anchas, ni muy estrechas; y la forma de la copa ni demasiado curva nos pareció, ni de cilindro desairado ni de tronco de cono: era un sombrero de copa alta aproximadamente como los que nosotros habíamos dejado en casa.

Todos nos volvimos hacia Morales, como pidiéndole cuenta de aquella decepción.

Morales encogió los hombros.

Mientras el cura saludaba particularmente al

amo de la casa, un pollo de Madrid, *gente nueva*, preguntó a Morales en voz baja:

—¿Pero es el mismo?

—¡Eso sí; el mismol

—¿Y entonces?...

—Sin duda... como no lo he visto en tres años... y entonces era tan diferente la moda...

—Eso es —me atreví yo a decir: el tiempo ha hecho otra vez de moda el sombrero antediluviano del señor cura.

Morales, el pollo *gente nueva*, y algunos otros, se turbaron un poco por culpa de mis palabras.

—¿Por qué?

—Ya nos lo explicará con la mayor inocencia el señor cura de la Matiella, el del sombrero.

Gracias a los buenos puros, los buenos licores y al calor y la gracia de la conversación, se fué animando la gente, y a poco de haber entrado en el corro el cura de la Matiella, ya le tratábamos como a conocido antiguo; y él, seguro de haber parecido simpático, hablaba con gran soltura, alegre, sin dejar de medir las palabras, aunque salían abundantes y espontáneas.

—¡El progreso, el progreso! —decía el señor cura—. Yo también creo en el progreso..., pero no como ustedes, que ven en él un ídolo, un fetiche, que tiene por símbolo una línea recta. El progreso no es un dios, y es una curva sinuosa. Vean ustedes —y al decir esto colocó el sombrero que tanto habíamos mirado sobre las rodillas—. Vean ustedes: este sombrero me ha enseñado a mí mucho acerca del cambio de las cosas. Nuestro ilustre diputado el señor Morales, a cuya salud bebo esta

copita, cree que en cuestión de ropa, de música, de jardinería, de filosofía y hasta de teología, lo mejor es lo de última moda, y que debemos andar siempre a la última. Yo creo que lo mejor es lo racional, lo prudente, que unas veces está de moda y otras no.

Yo he leído un poquillo, poco; y recuerdo que Descartes, en el *Discurso del método*, dice, sobre poco más o menos, algo como esto: que lo mejor es colocarse en el medio, a igual distancia de los extremos, porque aunque la verdad esté en un extremo, a él se irá más pronto desde el medio que desde el otro extremo.

Cuando compré este sombrero, hace muchísimos años, lo escogí a mi gusto. El sombrerero me puso delante otros muchos que eran de moda, diciéndome: Ese que usted escoge ya no se lleva. —Pues *me* lo llevo yo— repuse. Entonces se estilaban las *chisteras* con alas muy recortadas y pegaditas a la copa, que era muy alta. Mi sombrero, éste, tenía las alas algo anchas, para que diesen un poco de sombra al rostro, y no dejaran desairada la copa por la desproporción. Pero claro, comparadas aquellas alas con las de moda, parecían anchísimas; y la copa, regular, muy baja al lado de las que estaban en uso. Pero yo salía tan contento con mi compra en la cabeza, tranquila la conciencia, porque sabía que llevaba una prenda útil para su empleo y de proporciones regulares. Mas los caballeros y señoras con que tuve que tratar en la ciudad no lo veían como yo, porque sin duda encontraban anticuado aquel inocente pedazo de fieltro.

Pasaron años; volví a la ciudad con mi sombrero y también noté que llamaba la atención. Cuando fui a plancharlo, el sombrerero me explicó el motivo: la copa era escandalosa por lo alta, y las alas ridículas por lo estrechas... El sombrero de moda era de anchísimas alas y de copa tan baja, que no era digna de una verdadera *canoas*. Valga la verdad, hasta los chiquillos se reían, más o menos disimuladamente, de este pobre veterano (dando golpecitos sobre el sombrero), que les parecía una torre de Babel.

Pero las modas pasan, y mi sombrero dura; así que después de algún tiempo volví con él a la ciudad, y noté que la *bimba* de este cura no llamaba la atención; por casualidad y por poco tiempo, la moda coincidió con mi gusto, sobre poco más o menos; los sombreros de copa de los caballeros que veía pasar junto a mí eran de tamaño y figura del mío.

Volví a planchar el vejete este, y al sombrerero no se le ocurrió proponerme que lo reformara. Estaba bien. Aquella *forma* era la corriente. Como las rechiflas de antaño no me habían dado frío, no me daba calor esto de andar a la moda por una temporada, de pelos arriba. Yo seguí contento con mi vetusta cobertera, no porque fuese de moda, sino porque era útil, conforme con su destino y las leyes constantes de la proporción. Otra vez volvió a estar mi sombrero anticuado, y volví yo a no incomodarme por eso. En el presente momento histórico, como dicen en el Congreso, mi *chapeau* vuelve a ser como los que se usan, ¿no es así, caballeros? Vuelvo a la moda... pero no me

alegro; como no me dará pena que otra vez la moda se separe de mí.

Larga pausa.

—Pues lo que digo del sombrero, lo digo de la cabeza... y del corazón. Cuando escogí estado, cuando seguí mi vocación, cuando me aferré a mis ideas, a mi fe y a mis amores cristianos... no estaban de moda, no, la religión, la fe, ni el cristianismo. Ahora parece que entre la gente de más aristocrático pensamiento soplan aires místicos, o que así llaman; yo algo he leído de eso, y no todo me olió a farsa, aunque sí mucho. Bien venidos sean esos nuevos cristianos, si vienen solos, es decir, si no vienen con el diablo de la hipocresía o de la vanidad. Me temo, sin embargo, que esa ola favorable pasará; que la *barca*, que ustedes saben, seguirá luchando con las tempestades del mundo... Como quiera que sea, yo siempre tendré sabido que para Dios no hay evoluciones ni progresos; su gloria es eterna... *et nunc et semper*. Perseguidos o respetados, nosotros siempre los mismos.

Y poniéndose en pie, terminó diciendo:

—Quien ve mi sombrero me ve a mí. Según mi razón escogí este chisme; según mi fe y mi conciencia seguí la bandera de Jesús, y aunque hay muchas cosas que cambian y mejoran, no pueden variar las condiciones principales que debe tener un sombrero de copa alta, ni puede haber moda que eclipse la gloria de Cristo. ¡Ay del que le siga mirando si muchos o pocos le acompañan! A la moda, señores, en conclusión, le pasa lo que a la Academia, según la célebre sentencia de un críti-

co agudo: la moda es también una autoridad... cuando tiene razón.

Hubo un momento de silencio.

El amo de la casa se atrevió a romperlo, exclamando:

—Usted saca el Cristo, señor Cura, y eso no vale. Dejemos las cosas de tejas arriba; *en este bajo mundo*...

—¿Negará usted que la evolución es una ley universal demostrada hasta la saciedad?

—El *devenir*.

—Hegel...

—Darwin...

—Spencer.

Mientras aquellos señores abrumaban al pobre cura de la Matiella con alardes de erudición filosófica de segunda o tercera mano, queriendo imponerle como leyes racionales las preocupaciones del propio *psitacismo*, yo le estaba agradeciendo al buen clérigo, en el fondo del alma, aquella lección sencilla y edificante, que venía a sancionar mis pensamientos más íntimos y mi conducta en la modesta cátedra, donde años y años llevo diciendo a mis queridos discípulos que procuren ser buenos ante todo, y además, y si tienen tiempo, que procuren encontrar por el camino que me parece más racional, menos expuesto a engaños, una ciencia que yo no tengo y que, por lo mismo, no puedo enseñarles.

Hace tres lustros, yo me presenté en mi cátedra con un *sombrero* que no estaba de moda; tenía, es claro, buen cuidado de explicar siempre, porque en punto a filosofía hay que atender poco a los

sombreros que lleven los demás; pero con todo, por conciencia, también advertía siempre que lo corriente entonces no era pensar así.

El positivismo (¡y qué positivismo el que llega a las *masas* de los ateneos, academias, cátedras, foros, congresos, clubs, anfiteatros y *laboratorios!*) era en aquellos días, aquí en España, la última palabra. Yo combatía con toda la fuerza de mi convicción las teorías capitales del positivismo, sin negar sus méritos, sus servicios, sus verdades particulares, ni el genio y el talento de tales o cuales positivistas.

Era yo joven y parecía en cátedra un viejo, un rezagado.

Pasaron años... y mi *sombrero*, como el del cura de la *Matiella*, está por esos mundos del pensamiento, de moda; a la última... ¿Por qué no decirlo a los discípulos? Se lo digo con cierta satisfacción contenida, hasta algo melancólica...

Mis ideas son novísimas, mi tendencia la de los jóvenes maestros de Europa y de América... pero yo no parezco un joven, porque voy siendo viejo de veras.

Y como para el viejo, aunque no sea perro, no hay *tus, tus*, sin que deje de halagarme el ver en autores *flamantes* confirmadas mis opiniones, no siento por ello demasiado calor.

Y, como el cura de la *Matiella*, aunque pase la moda de mi sombrero, pienso conservarlo hasta que me muera... y acaso después. *Et nunc et semper.*

(De *El gallo de Sócrates.*)

REFLEJO

CONFIDENCIAS

VOY muy pocas veces a Madrid, entre otras razones, porque le tengo miedo al clima. Después de tantos años de ausencia he perdido ya en la corte la ciudadanía... climatológica (si vale hablar así, que lo dudo), bien ganada, *illo tempore*, en la alegre y descuidada juventud. Además... ¿por qué negarlo? La presencia de Madrid, ahora que me acerco a la vejez, me hace sentir toda la melancolía del célebre *non bis in idem*. No, no se es joven dos veces. Y Madrid era para mí la juventud; y ahora me parece otro... que ha variado muy poco, pero que ha envejecido bastante. Marcos Zapata, ausente de Madrid también muchos años, al volver hizo ya la observación de lo poquísimo que la corte varía. Es verdad: *todo está igual..* pero más viejo. Apolo y Fornos pueden ser símbolos de esta impresión que quiero expresar. Están *lo mismo* que *entonces*, pero ¡qué *ahumados!*...

Hay una novela muy hermosa de Guy de Maupassant, en que un personaje, infeliz burgués vul-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Avda. 3625 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

gar, que no hace más que sentarse a la misma mesa de un café años y años, deja pasar así la vida, siempre igual. Pero un día se le ocurre mirarse en uno de aquellos espejos... y es el mismo de siempre, pero ya es un pobre viejo. No pasó nada más... que el tiempo.

Madrid tiene para mí algo del personaje de Maupassant. Desde luego reconozco que en esto habrá mucho de subjetivo...

Una de las cosas que más me entristecen en Madrid es la falta de los antiguos amigos. Han muerto algunos, pero no muchos; otros están ausentes; pero los más en Madrid residen. ¿Por qué no se les ve? Porque ya no son las golondrinas que alborotan en la plaza y que interrumpen a San Francisco; ya no son los peripatéticos que discuten a voces, azotacalles perennes del estrecho recinto en que se encierra el Madrid espiritual *propiamente dicho*. Algunos son personajes políticos y tienen que darse cierto tono; otros se han refugiado en el hogar, desengañados de la Ágora... Ello es que no los veo por ningún lado.

Y los antiguos maestros, aquellas *lumbreras* en que nuestra juventud creía, porque entonces no se había inventado esta división absurda y grosera de *jóvenes y viejos*; los grandes poetas, los grandes oradores, críticos, moralistas, eruditos, ¿dónde están?

Olvidados del *gobierno del mundo y sus monarquías*; calentando el cuerpo achacoso al calor de buena chimenea; rodeados de cien precauciones higiénicas; haciendo la vida monástica en un des-

pacho, a que la edad nos irá condenando a todos. ¡Infeliz del viejo que no haya aprendido, antes de serlo, a estar solo muy a su gusto!

¡Sí; casi todos los *maestros* son ya viejos; salen poco... ¡Qué tristeza!

Una de las mayores.

Más, para mí, un consuelo visitarlos.

Cuando hago examen de conciencia y veo mi pequeñez, mis defectos, una de las cosas menos malas que veo en mí, una de las poquísimas que me inclinan a apreciarme todavía un poco, moralmente, es el arraigo de la veneración sincera que siento y he sentido siempre respecto de los hombres ilustres a quien debe algo mi espíritu.

Como a mis *lugares sagrados*, solía yo ir, al verme en Madrid, peregrino siempre triste, a casa de Campoamor... que ya no gusta de visitas; de Castelar (que hemos perdido), de Giner, de Valera, de Balart...

Y de este otro señor, el señor X, que no es nadie y es quien ustedes quieran. Otro maestro. Vivía en un barrio allá muy lejos, casi más cerca de Toledo o de Guadalajara que de la Puerta del Sol.

Quiero hablar de las últimas visitas que le hice.

Fué de noche. No me esperaba. Es soltero; vive con una doncella de su madre, que es hoy una anciana muy sorda y que debe considerar a los discípulos de su amo como enemigos que no quiere en su casa. Antonia, así la llama, es como Zaratustra, según Nietzsche, recelosa respecto de los que piensan entrar en el apostolado de su amo de

ella; amo, pero no maestro, porque Antonia no debe de tener escuela filosófica ni literaria.

Sabe Antonia, vagamente, que su señor vale mucho, por cosas que ella no puede comprender; sabe que los papeles le han puesto mil veces en los cuernos de la luna; que ha sacado de su cabeza unos libros muy buenos que le han dado algunas pesetas, pocas... y mucha honra y muchos disgustos. Y sabe que todo ello no le ha servido para medrar, para hacerse rico, ni para tener influencia en la política, ni con el obispo, ni en Palacio, ni en parte alguna de esas donde se hacen los favores gordos. Visitas, antiguamente, muchas, pero de gente de poco pelo, que traían libros de regalo —¡libros!—, que es lo mismo que si la trajeran a Antonia polvo y lodo de la calle. ¡Libros! Lo que sobra en la casa, lo que a ella la tiene loca, porque no sabe ya dónde ponerlos. Ya no hay sitio en mesas, armarios y hasta sillas más que para los libros, y ellos atraen los ratones y crían polvo, telarañas... ¡horror! Y después la gracia de que el amo no lee casi nunca esos tomos que le regalan, sino otros muchos que él compra muy caros. «Los que hacen los libros que a mí me estorban y que el señor no lee» éstos son para Antonia la mayor parte de los señoritos que se cuelgan del timbre. ¡Deben ser tan poca cosa! Además, cuando el amo se guarda de ellos y miente, como si no hubiera Dios, para disculparse y no recibirlos, por algo será... No; ni los libros ni los que los traen le dan alegría ni nada bueno al señor... Está triste, sale poco, cada vez menos. Si escribe, ella le ve la cara llena de angustia; si medita, lo mismo.

Sólo cuando lee con afán alguno de aquellos libros caros, que él compra, es cuando le nota, a veces, sereno, de veras entretenido, a veces casi casi sonriente. ¿Que dirán aquellos señores, que hasta al amo le gusta lo que dicen? Deben de ser gente lista, de buen trato; sí; pero esos... son justamente los que nunca le vienen a ver.

Mas, ¡oh contrasentidos misteriosos del corazón humano, que ni siquiera Antonia se explica! La buena ama de llaves nota de algunos años acá, sin querer dar importancia al hecho, que las visitas importunas van escaseando; que cada día se olvidan más aquellos discípulos, antes pegajosos, del pobre maestro; y Antonia, a regañadientes, siente el desaire; ve en él no sabe qué síntoma de vejez, de abandono. También comprende, por muchas señales, que poco a poco el amo se va apartando más de aquella vida de impresiones que le traían los papeles y los amigos y sus salidas frecuentes y a deshora... Y no hay disgustos de aquellos que él se comía, pero que ella adivinaba. Calma, eso sí; mucha, demasiada; así como de mal agüero.

Y a pesar de esto, Antonia, así como por tesón, por orgullo de *artista* —que tiene ella por su amo— cuando llega a la puerta algún raro admirador, lo recibe con ceño, disimulando la simpatía y el agradecimiento que le inspira la fidelidad de aquel hombre, a quien, sin embargo, trata con el mismo rigor de que antes usaba espontáneamente.

El ceño y los malos modos de Antonia quieren decir en el fondo: «Ya sabemos que se *nos* olvida. ¿Y qué? Poco *nos* importan las vanidades de

la gloria; aquí no necesitamos a nadie... Gracias, de todos modos, por la atención; pero conste que ya no nos da frío ni calor nada de cuanto pueda llegar por esa puerta...»

¿Cómo pude yo averiguar todos estos pensares de Antonia? Hablando con ella, largo y tendido, una tarde que fuí a ver a X, cuando él, positivamente, no estaba en casa. La criada me recibió mal, como a todos; pero cuando dije mi nombre, cambió de humor de repente. El amo le había anunciado mi visita, y la necesidad de tratarme con amabilidad excepcional, porque yo no era uno que llevaba libros, sino un amigo verdadero. En fin, mucho bueno le debió decir de mí el amo a la criada, porque ella me hizo entrar en el despacho, me obligó a esperar al señor media hora, que llenamos con amable, íntima conversación. El cariño de Antonia a su señor le hizo comprender que yo le quería también como ella, y que también me daba pena verle aislarse, huir de la actividad exterior, dejar que el mundo frívolo le olvidara, porque él no lo buscaba con reclamos.

Y así fué que la noche que X me recibió en su casa, ya sabía yo mucho de su *estado de alma* por el *reflejo* de Antonia.

No me hizo pasar X a su despacho, sino a una modesta habitación cuadrada, sin pintura ni libros, ni *bibelots*, ni más muebles que los necesarios. El único lujo allí consistía en murallas de telas y paño para no dejar que entrase frío. *Silencio y calor* parecía ser el ideal a que se aspiraba allí

dentro. En una butaca, más echado que sentado, con los pies envueltos en una manta, que casi se quemaba en un brasero de bronce, metido en caja de roble, X leía un tomo de *La leyenda de los siglos*, de Víctor Hugo.

—¿Eh, qué atrasado verdad? —me dijo—. ¡Si me viera un *modernista*! ¡Víctor Hugo! —y sonreía, con ironía muda, venenosa—. No, —prosiguió—. Ya sé que usted no es de esos; cuando estuve en su pueblo, y en su casa, ausente usted, vi que en su gabinete de trabajo no tenía usted más que tres *retratos*: el de la torre de la catedral de su ciudad querida, el de su hijo... y el de Víctor Hugo... La moda... la moda, en Arte, muchas veces no es más que una frialdad y una ingratitud. Nuestra gente modernísima, por tendencia materialista en parte, y en parte para disimular su ignorancia, hace alarde de no tener memoria. Y... ya lo sabe usted; un gran filósofo moderno —no modernista— por la memoria nos revela el espíritu. Lo presente es del cuerpo, el recuerdo del alma. Doctrina profunda...

Después, creyendo que todo aquello era hablar de sí mismo, en el fondo, quiso cambiar de asunto y hablar de mis cosas.

—Ya veo, ya veo que usted sigue luchando en veinte periódicos... Hace usted bien... Eso supone cierta fe. En cambio, no hace usted libros... También hace usted bien. Yo tampoco hago libros. Son inútiles. No los leen. No los saben leer. Los artículos, sí; se leen... pero tampoco se entienden. Ya no los escribo yo tampoco... porque no creo en su eficacia. Y buena falta me hace cobrar unas cuantas pesetas... pero ni por esas. No escribo.

Mire usted; entre enseñar cosas del alma a gente que no la tiene y empeñar un colchón, prefiero empeñar el colchón. Gasta menos el espíritu... aunque algo lo gasta también... Hasta hace poco, en vez de artículos escribía cartas a los amigos íntimos, capaces de entender; tres o cuatro. Ahora ya, ni eso; porque, por las contestaciones, veía que no les enseñaba nada nuevo; pensaban lo mismo, sentían lo mismo. Me devolvían mis tristezas, en otro estilo y con otra clase de erudición... Así es que ahora, ni cartas. Nada... Nada más que leer... y calentarme los pies, no los cascotes... ¿Ha leído usted los versos de Taine a sus *gatos*? ¡Pocas veces fué tan filósofo de veras el gran crítico como en esos versos...! Ya sé, ya sé que ciertos gusanos literarios me ponen en la lista de *sus muertos*, y me enterrarán con Valera, Balart, Campoamor... ¡No es mal panteón...! pero sepan los tales modernistas que yo no soy un muerto de *ellos*, sino *mío*. Me he pagado el entierro. Y no soy un enterrado de actualidad. ¡No; soy un Ramsés II, todo un Sesostris! Este ya es mi único orgullo; ser un muerto antiguo, una momia... y mi derecho... el de la muerte también... ¡Que no me anden con los huesos...!

Y al despedirme, incorporándose, me decía:

—Adiós, buen amigo. Dígale usted al mundo que ha visto la momia de Sesostris... en la actitud en que le sorprendió la muerte, hace miles de años... ¡leyendo a Victor Hugo!

Cuando salí, en el recibimiento, la sonrisa triste y benévola de Antonia me repitió, a su modo, cuanto su amo acababa de decirme.

En rigor, todo lo que me dijo X no fué más que cuanto yo había adivinado la tarde anterior hablando con su ama de llaves.

Con otro estilo y otra erudición, como X decía, las mismas tristezas.

(De *El gallo de Sócrates*.)

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

RESCOLDO, o mejor, la Pola de Rescoldo, es una ciudad de muchos vecinos; está situada en la falda Norte de una sierra muy fría, sierra bien poblada de monte bajo, donde se prepara en gran abundancia carbón de leña, que es una de las principales riquezas con que se industrializan aquellos honrados montañeses. Durante gran parte del año, los poleses dan diente con diente, y muchas patadas en el suelo para calentar los pies; pero este rigor del clima no les quita el buen humor cuando llegan las fiestas en que la tradición local manda divertirse de firme. Rescoldo tiene obispado, juzgado de primera instancia, instituto de segunda enseñanza agregado al de la capital; pero la gala, el orgullo del pueblo, es el paseo de los Negrillos, bosque secular, rodeado de prados y jardines que el Municipio cuida con relativo esmero. Allí se celebran por la primavera las famosas romerías de Pascua, y las de San Juan y Santiago en el verano. Entonces los árboles, vestidos de reluciente y fresco verdor, prestan con él sombra a las cien meriendas improvisadas, y la alegría de los consumido-

res parece protegida y reforzada por la benigna temperatura, el cielo azul, la enramada poblada de pájaros siempre gárrulos y de francachela. Pero la gracia está en mostrar igual humor, el mismo espíritu de broma y fiesta, y más si cabe, allá, en febrero, el miércoles de Ceniza, a media noche, en aquel mismo bosque, entre los troncos y las ramas desnudas, escuetas, sobre un terreno endurecido por la escarcha, a la luz rojiza de antorchas pestilentes. En general, Rescoldo es pueblo de esos que se ha dado en llamar levíticos; cada día mandan allí más curas y frailes; el teatrillo que hay casi siempre está cerrado, y cuando se abre le hace la guerra un periódico ultramontano, que es la Sibila de Rescoldo. Vienen con frecuencia, por otoño y por invierno, misioneros de todos los hábitos, y parecen tristes grullas que

van cantando lor guai per l'aer bruno.

Pasan ellos, y queda el terror de la tristeza, del aburrimiento que siembran, como campo de sal, sobre las alegrías e ilusiones de la juventud polesa. Las niñas casaderas, que en la primavera alegraban los Negrillos con su cháchara y su hermosura, parece que se han metido todas en el convento; no se las ve como no sea en la Catedral o en las Carmelitas, en novenas y más novenas. Los muchachos, que no se deciden a despreciar los placeres de esta vida efímera, cogen el cielo con las manos y calumnian al clero secular y regular, indígena y transeunte, que tiene la culpa de esta desolación de honesto recreo.

Mas como quiera que esta piedad colectiva tiene

algo de rutina, es mecánica, en cierto sentido; los naturales enemigos de las expansiones y del holgorio tienen que transigir cuando llegan las fiestas tradicionales; porque así como por hacer lo que siempre se hizo, las familias son religiosas a la manera antigua, así también las romerías de Pascua y de San Juan y Santiago se celebran con estrépito y alegría, bailes, meriendas, regocijos al aire libre, inevitables ocasiones de pecar, no siempre vencidas desde tiempo inmemorial. No parecen las mismas las niñas vestidas de blanco, rosa y azul, que ríen y bailan en los Negrillos sobre la fresca hierba, y las que en otoño y en invierno, muy de oscuro, muy tapadas, van a las novenas y huyen de bailes, teatros y paseos.

Pero no es eso lo peor, desde el punto de vista de los misioneros; lo peor es Antruejo. Por lo mismo que el invierno está entregado a los *levitas*, y es un desierto de diversiones públicas, se toma el Carnaval como un oasis, y allí se apaga la sed de goces con ansia de borrachera, apurando hasta las heces la tan desacreditada copa del placer, que, según los frailes, tiene miel en los bordes y veneno en el fondo. En lo que hace mal el clero apostólico es en hablar a las jóvenes polesas del hastío que producen la alegría mundana, los goces materiales, porque las pobres muchachas siempre se quedan a media miel. Cuando más se están divirtiendo llega la *ceniza*... y, adiós concupiscencia de bailes, máscaras, bromas y algazara. Viene la reacción del terror... triste, y todo se vuelve sermones, ayunos, vigiliias, cuarenta horas, estaciones, rosarios...

En Rescoldo, Antruejo dura lo que debe durar,

tres días: domingo, lunes y martes; el miércoles de Ceniza nada de máscaras... se acabó Carnaval, *memento homo*, arrepentimiento y tente tieso... ¡pobres niñas polesas! Pero ¡ay! amigo, llega la noche... el último relámpago de locura, la agonía del pecado que da el último mordisco a la manzana tentadora, ¡pero qué mordisco! Se trata del entierro de la sardina, un aliento póstumo del Antrúejo; lo más picante del placer, por lo mismo que viene después del propósito de enmienda, después del desengaño; por lo mismo que es fugaz, sin esperanza de mañana; la alegría en la muerte.

No hay habitante de Rescoldo, hembra o varón, que no confiese, si es franco, que el mayor placer mundano que ofrece el pueblo está en la noche del miércoles de Ceniza, al enterrar la sardina en el paseo de los Negrillos. Si no llueve o nieva, la fiesta es segura. Que hiele no importa. Entre las ramas secas brillan en lo alto las estrellas; debajo, entre los troncos seculares, van y vienen las antorchas, los faroles verdes, azules y colorados; la mayor parte de las sábanas limpias de Rescoldo circulan por allí, sirviendo de ropa talar a improvisados fantasmas que, con largos cucuruchos de papel blanco por toca, miran al cielo empinando la bota. Los señoritos que tienen coche y caballos los lucen en tal noche, adornando animales y vehículos con jaeces fantásticos y paramentos y cimeras de quimérico arte, todo más aparatoso que precioso y caro, si bien se mira. Mas a la luz de aquellas antorchas y farolillos, todo se transforma; la fantasía ayuda, el vino transporta, y el vidrio puede pasar por brillante, por seda el percal, y la ropa

interior sacada al fresco por mármol de Carrara y hasta por carne del otro mundo. Tiembla el aire al resonar de los más inarmónicos instrumentos, todos los cuales tienen pretensiones de trompetas del Juicio final; y; en resumen, sirve todo este aparato de Apocalipsis burlesco, de marco extravagante para la alegría exaltada, de fiebre, de placer que se acaba, que se escapa. *Somos ceniza*, ha dicho por la mañana el cura, y... *ya lo sabemos*, dice Rescoldo en masa por la noche, brincando, bailando, gritando, cantando, bebiendo, comiendo golosinas, amando a hurtadillas, tomando a broma el dogma universal de la miseria y brevedad de la existencia...

Celso Arteaga era uno de los hombres más formales de Rescoldo; era director de un colegio, y a veces juez municipal; de su seriedad inveterada dependía su crédito de buen pedagogo, y de éste dependían los garbanzos. Nunca se le veía en malos sitios; ni en tabernas, que frecuentaban los señoritos más finos, ni en la sala de juegos prohibidos, en el casino, ni en otros lugares nefandos, perdición de los poleses concupiscentes.

Su flaco era el entierro de la sardina. Aquello de gozar en lo obscuro, entre fantasmas y trompeteo apocalíptico, desafiando la picadura de la helada, desafiando las tristezas de la Ceniza; aquel contraste del bosque seco, muerto, que presencia la *romería invernal*, como algunos meses antes veía, cubierto de verdor, lleno de vida, la romería del verano, eran atractivos irresistibles, por lo complicados y picantes, para el espíritu contenido,